

solo escribe para lograr los votos pasajeros del público, el favor de los grandes y los aplausos de los contemporáneos, se hace por lo regular esclavo de las opiniones reinantes, y á ellas sacrifica débilmente su razon, sus conocimientos y el interes del género humano. *Es menester denuedo*, dice Eveno, *para buscar la sabiduria*; y para anunciarla á los hombres es necesario tener nobleza, valor, y un caracter franco. La verdad es la que hace durables las producciones del entendimiento; para complacer y agradar á todos los siglos, se requiere un alma exenta de preocupaciones, cuya dominacion es variable y poco duradera. Aristóteles dice que *la mas necesaria de todas las ciencias es la de olvidar lo malo que una vez se aprendió*. En una palabra, para ilustrar á los hombres se necesita un alma fuerte y un corazón recto y penetrado del amor de la humanidad; son necesarias é indispensables libertad y virtud.

Ninguno, dice un antiguo, *ve lo que tú sabes, mas todos pueden ver lo que haces*. De aquí es que el literato debe regular sus costumbres antes de dar preceptos á los otros (1). El sabio cuyas costumbres son desarregladas es comparado

(1) Véanse en los característicos de Milord *Shaftsbury*, dos tratados, el *Soliloquio* y el *Aviso á un Autor*, que solo tienen por objeto formar el espíritu de los que quieran escribir. Diógenes comparaba los sabios sin costumbres á los instrumentos de musica, que no oyen ni entienden ellos mismos los aires ó canciones que se tocan con ellos.

muy bien á un ciego que tiene en su mano una grande hacha con la que alumbrá á otros, sin ver él cosa alguna: *sabio y justo* debieran ser siempre sinónimos. ¿Puede uno, en realidad, gloriarse de ser verdaderamente sabio, cuando ignora los deberes que nos ligan con los demas hombres? *La ciencia*, dice Thales, *es tan dañosa para los que no saben aprovecharse de ella, como útil á los otros*. No basta conocer sus deberes, si con las acciones no se acredita este conocimiento. Pocas personas pueden juzgar de los talentos del alma; mas todo el mundo puede juzgar de la conducta. El sabio en sus escritos debe proponerse la gloria que producen las verdades útiles que ofrece á sus conciudadanos; mas no es bastante el instruirlos, sino que ademas es necesario hacerles amables los preceptos con el ejemplo, para de este modo hacer mas poderosas y convincentes las instrucciones que se les dieren.

El honor es un móvil necesario á los literatos. *Las Musas*, dice Hesiodo, *son hijas de Júpiter*; ellas, pues, no deben olvidar jamas la nobleza de su origen (1). Así que el literato debe respetarse á sí mismo en sus competidores. Nada es mas vil ni despreciable para las letras

(1) Este Poeta dice que *Mnema* ó *Mnemosina*, Diosa de la memoria, que reina en las alturas de *Eleveria*, es decir, cuyo imperio es noble y libre, tuvo de Júpiter á las nueve Musas. En esto se da á entender que las ciencias y las artes solo pueden nacer y prosperar en un pais libre. *Teogonia*, vers. 52 y siguientes.

que esas contiendas deshonrosas, que esos mortales y envenenados odios, que esa envidia baja y mordaz que con tanta frecuencia vemos reinar entre los que las cultivan. ¿Acaso no tiene la gloria premios y galardones para todos sus adoradores? La envidia ¿no es una pública confesion de flaqueza é inferioridad? Enbuenhora que los sabios se emulen entre sí; pero no sean jamas envidiosos ni mordaces (1): reflexionen sobre todo, que es degradarse salir á la palestra para recrear con sus mordaces sátiras é invectivas á un vulgo siempre dispuesto á deprimir á los hombres, cuya superioridad teme.

Nada perjudica tanto á las letras y á las ciencias como la arrogancia y el tono insultante y despreciador que toman á veces los que las profesan. La reflexion debe enseñarles que el desprecio y el orgullo son insoportables, y bastan por sí solos á destruir y aniquilar los afectos de gratitud y benevolencia que pueden excitar los grandes talentos.

El hombre verdaderamente ilustrado es justo, y da á cada uno lo que es suyo; muestra á la dignidad, al nacimiento y al poder los respetos y deferencias que la sociedad los tributa; honra á los grandes sin bajeza; se grangea su

(1) « El sabio, dice Epicuro, no envidia la sabiduría de otro ». *Non commotum iri, si alter altero dicatur fuisse sapientior.*

Diog. Laert. De vit. et dogm. Philosoph. lib. 10. sec. 121.

aprecio y estimacion por medio de una conducta prudente y juiciosa; no hace sentir á nadie su superioridad; y en fin, es indulgente con el ignorante y con el débil. La intolerancia y el orgullo son molestos é insufribles. Procurar hacerse amable, y temer llegar á ser aborrecible ó desagradable, es un deber que obliga igualmente á todos los miembros de la sociedad. No es gloria el ofender; como tampoco bajeza el consultar y deferir prudentemente al amor propio de los que pueden hacer mucho bien á las naciones.

Los hombres mas ilustrados debieran conocer mejor que nadie sus verdaderos intereses, y por consecuencia distinguirse en su sociabilidad, en su humanidad con todo el mundo, y en su estrecha union entre sí mismos. La discordia, comun entre los literatos, solo sirve para hacer despreciables á unos hombres, cuyo verdadero móvil ha de ser el deseo del aprecio, de la reputacion y de la gloria. El público, á veces injusto, imputa como un crimen á un cuerpo entero las faltas ó extravíos de algunos individuos; los vicios del filósofo hacen sospechosas sus lecciones; y no puede menos de ser tenido por charlatan ó hipócrita el que no practica los preceptos que da á los demas.

Los talentos son armas peligrosas en manos de un malvado, que se sirve de ellas para ofender á los otros y aun á sí mismo. Epicteto que-

ria, y con razon, que la filosofia estuviere reservada para los hombres de bien: al ver á un disoluto y corrompido que aspiraba á ella, *que intentas?* le dijo este filósofo; *procura limpiar tu pasija antes de hechar nada en ella.* Los mas grandes talentos se envilecen y se prostituyen cuando se hallan en hombres sin costumbres y sin conducta. Aristóteles decia que la ventaja que él habia sacado de la filosofia era el hacer, sin que se lo mandasen, lo que otros hacian por temor de las leyes. La conciencia del sabio es para él un freno mas poderoso que el terror. « *Los hombres de bien, dice Horacio, se abstienen del mal por amor solo de la virtud* (1), « es decir por solo vivir contentos consigo mismos, y no perder el derecho de amarse y « ser amados de los otros ».

Los que se dedican á la instruccion de los otros, deben distinguirse en unas costumbres mas honestas, mas sociables y mas puras. El hábito de reflexionar, de entrar en su interior, de prever las consecuencias de las cosas, debiera hacer á los hombres mas virtuosos á proporcion que adquieren mayores luces y conocimientos. Que un fatuo ó un atolondrado, faltos siempre de reflexion, se hagan molestos y ridículos con su vanidad y sus impertinencias, nada tiene de admirable; mas la vanidad y las pequeñeces deben estar muy distantes de un hombre que ha de acreditarse con la elevacion

(1) *Oderunt peccare boni virtutis amore.* Horat. Epist. 16. lib. 1. vers. 52.

de su modo de pensar y la gravedad de sus costumbres. El estudio y la aplicacion deben enseñarnos á desconfiar de los impulsos de la imaginacion, y á resistir sus ímpetus fogosos; deben enseñarnos á raciocinar; deben inspirarnos otros afectos mas delicados, mas nobles y elevados que los de las almas vulgares. El hombre de talento, dotado de un tacto mas fino que los otros, debe conocer con mas prontitud sus deberes para con los hombres, ó lo que necesariamente ha de hacer para grangearse su estimacion y afecto. El verdadero sabio debe ser el mas sociable de los humanos.

Mas no creamos por esto que esta sociabilidad haya de arrastrar de continuo al literato á que busque la confusion del mundo, que le disgustaria del trabajo y de la meditacion. Sin ser pedante ni misántropo, el hombre dedicado al estudio debe tener dignidad y circunspeccion en sus costumbres, y preferir el silencio del retiro á las concurrencias bulliciosas y frívolas. El espectáculo del mundo, y su continuo y vario movimiento deben ser para él una distraccion pasagera, y no una ocupacion constante y seguida; el mundo le instruirá y enseñará útilmente, si de él sacare las ideas, los hechos, y las observaciones que sirvan de pasto y alimento á sus reflexiones. Es útil y aun necesario al filósofo, al moralista y al literato ver á los hombres muy de cerca y conocerlos bien, para dar á luz perfectas sus obras, asemejadas sus pinturas, y agradables sus preceptos, á fin de

que sean provechosos. El escritor que no conoce el mundo, no puede hablar del mundo oportunamente, y las pinturas que haga de él, serán ridículas ó quiméricas. Mas el hombre de talento y esperiencia á una mirada penetra los objetos, y los pinta con energía: el continuo fruto y comunicacion con hombres enervados y sin seso sería causa que sus cuadros perdiesen los matices de la verdad que los anima. Las obras cuyos autores solo se proponen complacer á los poderosos, á las mugeres y á un vulgo novelero, raras veces son dignas de la inmortalidad.

En general, los sabios y los literatos pierden mas que ganan en el trato demasiado frecuente con las gentes del mundo; porque si en él adquieren ciertas gracias de estilo, y lo que se llama *buen tono*, pierden por otra parte fuerza y profundidad, y sobre todo la verdad, que es demasiado austera para unos niños superficiales y volubles, que solo quieren que se les divierta y entretenga, pareciéndoles toda instruccion inútil y enfadosa. Para complacer á las gentes del mundo, el literato debe ser frívolo, chancero, superficial y no hablar nunca con razon.

Ademas, en el gran mundo es donde el literato que solo aspira á los vanos aplausos de una multitud indiscreta, contrae el hábito del fausto, de la pompa, de la soberbia, de la fatuidad, del libertinage y de todas las demas irregularidades opuestas á su clase: y así se hace co-

dicioso, intrigante, envidioso, adulator y pusilánime. Despues de haberle comunicado sus vicios y locuras, las gentes del mundo son las mismas que le acriminan con mayor acritud, y se burlan de él con toda la fuerza de la ridiculez.

De este modo los hombres destinados á instruir, se hacen despreciables por querer agradar y divertir, en vez de enseñar con utilidad. Así son las lecciones de la sabiduría infructuosas por falta de virtud de los que las proponen á los otros, cuando sus acciones no son conformes á ellas.

Por una preocupacion harto comun en el mundo, la mala conducta de los sabios recae sobre su doctrina; esta es desatendida y desechada cuando las costumbres del que la enseña no van acordes con ella. Hay mucha distancia, segun se dice comunmente, del corazón á los labios, ó del decir al hacer; un hombre puede discurrir bien, y obrar muy mal. « Las costumbres de los filósofos, dice Séneca, no son conformes con sus preceptos; pero si no viven como enseñan, enseñan como se ha de vivir ». Así que no vivamos con el hombre de perverso y mal corazón; leamos sus obras cuando en ellas encontremos instrucciones útiles; mas detestemos del hombre y de sus obras siempre que él y ellas sean malas y peligrosas. *Un hombre de buenas costumbres, dice Montaigne, puede tener opiniones falsas; y un mal-*

vado puede muy bien predicar las verdades mismas que no cree. La mas hermosa y bella armonia resulta de la conformidad entre los discursos y las acciones (1).

El verdadero literato, cuya conducta es verdaderamente sabia y prudente, gozará de una felicidad mayor que los demas hombres; pues, seguro siempre de hallar en sí mismo y en sus meditaciones los medios de ocuparse agradablemente, será poco sensible á las pasiones, á los caprichos y á las vanidades que atormentan á los entes frívolos de que está lleno el mundo: satisfecho con los tranquilos placeres de su retiro, y con las riquezas adquiridas por su aplicacion, se encuentra en estado de disfrutar á su arbitrio de los deleites y recreos que no conocen ni la grandeza ignorante y soberbia, ni la opulencia embrutecida y grosera. La ambicion, la codicia, la sensualidad, la disolucion, nada pueden contra aquel que vive contento consigo, y que, como Bias, lleva consigo sus riquezas. *A la verdad dice Epicuro, el sabio está sujeto á las pasiones, mas toda la impetuosidad de estas nada puede contra su virtud* (2).

Cultivar y adornar el espíritu, es adquirir con el estudio un grand fondo de ideas, las cuales el hombre puede contemplar á su voluntad cuando quisiere. El retiro, tan penoso

(1) *Essais*, lib. 2. cap. 31.

(2) *Perturbationibus obnoxium quidem fore: sed nullo inde ad sapientiam impedimento.*

Diog. Laert. De vit et dogm. Philosoph. 117. lib. 10.

para

para los hombres disipados, es delicioso al literato, el cual, semejante en esto al avaro, aumenta su tesoro á cada momento; el estruendo del mundo le fastidia y desagrada; el verdadero sabio pierde siempre en el trato con las personas que viven en él. Sus libros, sus reflexiones, la conversacion con sus iguales, bastan para hacer feliz al hombre estudioso; su continuo deleite es la contemplacion de las riquezas que diariamente va depositando en su cerebro; sin salir de su interior, considera el vario espectáculo de la naturaleza, el contraste de las pasiones y acciones de los hombres, el cuadro de las vicisitudes de este mundo, y las revoluciones continuas á que están espuestas las cosas humanas; y en fin posee bienes que ni la injusticia de la tiranía, ni los caprichos de la fortuna pueden nunca robarle. El estudio causa al hombre que piensa una dulce satisfaccion, comparable á la de una buena conciencia; satisfaccion que le mantiene siempre en estado de recogerse plácidamente á su interior, sin necesidad de otros vanos recreos y diversiones, tan indispensables á las personas que no pueden tratar consigo mismas.

No creamos sin embargo las máximas exageradas de una filosofia salvaje que trata de prohibir al literato el aspirar al logro de su bienestar. No demos oídos á las declamaciones de los Cínicos, que prescriben al sabio la renuncia de las riquezas, bajo el pretesto de que son

Tomo II.

M

engañosas y perecederas. La hacienda adquirida con el saber y los talentos no puede ser vituperada (1); el hombre sensato debe evitar la indigencia que, poniéndole en una gran dependencia, le espondría frecuentemente al peligro de envilecerse con bajezas. La verdadera sabiduría no consiste en un soberbio desprecio de todo lo que los hombres aprecian y desean; consiste en no apegarse fuertemente á ello, y en conservar una constancia inalterable en medio de los rigores de la fortuna. La singularidad, el desaliño, la suciedad, la falta de atención y de urbanidad, la indecencia, no anuncian un filósofo, sino un fanático, un insensato, un alma débil engañada por su vanidad, ó un hipócrita que quiere engañar á los hombres con una simulada grandeza de alma.

Si la utilidad social es el fundamento de la consideracion debida á los talentos, el sabio debe aspirar á ser digno de la aprobacion y del respeto de sus conciudadanos por medio de trabajos realmente útiles y ventajosos á la sociedad. Instruyendo ó deleytando es como el literato puede hacerse amable, y lograr la reputacion que desea.

« Nada es más dulce y halagüeno, dice Ciceron, « que instruir y formar los espíritus ». El hombre ilustrado y el hombre de talento ejercen en

(1) *Quæstum facturum, sed ex savièntia sola, si incipit labore.*

Diog. Laert. ut supra, Sec. 121.

el mundo una autoridad que, como fundada en la verdad, es irresistible (1). Segun Plutarco, el filósofo Menedemo comparaba los literatos que se entregan á estudios inútiles ó frívolos á los amantes de Penélope, los cuales, no pudiendo lograr nada de ella, se envolvian con sus criadas. « Del mismo modo, decia él, los que no pueden conseguir la filosofía, se afanan por objetos fútiles é indignos de serle « comparados ». En las naciones corrompidas y dominadas por el despotismo, el talento forzosamente ha de emplearse en objetos frívolos, y el ingenio en bagatelas. *La gloria*, dice Fedro, *es una verdadera locura, si creemos hallarla en las cosas inútiles* (2).

Las opiniones por lo comun perjudiciales y falsas, lo mismo que las malas costumbres, introducidas en la sociedad, contribuyen á veces á pervertir á los literatos inclinando sus talentos á objetos inútiles ó dañosos. Así que la depravacion pública produce las obras obscenas y torpes que dan á sus autores una infeliz celebridad, que los degrada á los ojos de los hombres de bien. ¿ No es un delito emplear los talentos en corromper á la juventud, y en propagar el vicio? ¿ Que acriminaciones y remor-

(1) El famoso Swift dice « que en un siglo á lo mas suele aparecer cinco ó seis hombres de talento; pero que si reuniesen su poder, el mundo no podría resistirlos. »

The Adventurer, tom. 1 pag. 244.

(2) *Nisi utile est quod facimus, stulta est gloria.*
Phed. Fab. 17. lib. 3 vers. 12.

dimientos no debiera sentir un escritor, cuyas obras seductoras producen y fomentan las pasiones funestas que cunden y trascienden á la posteridad mas remota? ¡ Cuan odiosa y miserable es la inmortalidad que se adquiere con la perpetua corrupcion del corazon humano!

La moral y la equidad escluyen enteramente del número de los sabios y de los literatos á todos esos críticos insolentes, malvados y envidiosos, que declaran la guerra á los grandes talentos, que vituperan y denigran á los sabios distinguidos, y que los sacrifican á la mofa y la risa de un público envidioso y maligno, ofuscado y prevenido siempre contra el mérito. Los escritores de este horrible carácter deben ser mirados como unos declarados enemigos de las ciencias, de las letras y de los progresos del entendimiento humano. Ellos se hacen viles cómplices de la envidiosa ignorancia, de la inquieta impostura, y de la tiranía sospechosa, las cuales, para dominar impunemente en la tierra, querrian que reinase en ella una obscura y eterna noche (1). ¿ Hay una ocupacion mas infame que la de divertir al público á costa de los ciudadanos que le ilustran, que le sirven útilmente, y que merecen todo su reconocimiento? Para que la crítica sea verdaderamente útil, debe ser justa, instructiva y urbana, sin que jamas le sea permitido el degenerar en sátira mordaz y ofensiva.

(1) . . . *Inmensi fruitur caligine mundi.* Stac. Thebaid.
lib. 3.

Las diversiones y entretenimientos que cause el literato, deben ser interesantes, y contribuir en todo y por todo á la felicidad pública: las que solo tienen por objeto distraer el molesto fastidio de algunos hombres frívolos, adular los vicios de las gentes del *buen tono*, promover la disolucion, patrocinar las malas costumbres, ofrecer incienso á la tiranía, no merecen mas que la indignacion y el desprecio. Para merecer una bien fundada estimacion, las diferentes clases de la república de las letras debieran, por diferentes caminos, dirigirse todas á la utilidad general: la consideracion y el aprecio de los literatos solamente pueden fundarse en la verdad y las ventajas que producen á los hombres.

La poesía, cuyo objeto es agradar con sus imágenes, en vez de pintarnos pasiones débiles y afeminadas, amores torpes y despreciables, debiera interesar la imaginacion de los hombres con la verdad, adornándola con atractivos y colores capaces de mover el corazon humano.

La tragedia, para ser útil, debe inspirar horror á los crímenes de los Reyes, cuyas desenfrenadas pasiones producen frecuentemente catástrofes crueles y terribles: debiera hacer temblar á los tiranos, y hacer á los ciudadanos amables la virtud y la libertad, sin las cuales ninguna sociedad puede ser feliz y floreciente.

La sátira, empleada tan frecuentemente para

sacrificar á la malignidad pública los ciudadanos mas dignos de compasion, debiera respetar siempre las personas, y avergonzar al vicio con sus desórdenes y extravíos. La sátira general es útil y laudable; mas la sátira personal es inhumana y punible.

La comedia, inventada para dar á conocer á los hombres lo ridículo de sus vicios, de sus defectos y de sus caprichos, jamas debiera excitar su risa á costa de la razon, de la decencia y de las costumbres, dignas siempre del mayor y mas santo respeto (1).

Los cuentos y novelas, que por lo comun solo sirven de criar y fomentar en la juventud de ambos sexos pasiones peligrosas, debieran por el contrario armarla contra las flaquezas que pueden influir en la felicidad ó desgracia de toda la vida.

La elocuencia, de la que frecuentemente se abusa para engañar y seducir, el hombre de bien debe usar de ella para persuadir la verdad, para inflamar los corazones de los hombres en zelo del bien público y amor de las virtudes, inspirarles horror al mal y enseñarles á que desprecien todo aquello que los separa del camino de la felicidad.

(1) A los autores que abusan de sus talentos, pudieran aplicárseles la maldicion de Demócrito. *¡ Ay de vosotros ! los que de las gracias recatadas y honestas, no habeis sabido hacer sinoviles prostitutas !* ¿ Cuantas piezas dramáticas vemos, que encierran lecciones las mas vivas de corrupcion, y sin embargo los gobiernos permiten que se representen á la juventud ?

Mas por desgracia, en un mundo dado á frivolidades, la sabiduría, la moral, la filosofía, y aun la virtud misma, son frecuentemente ridículas á los ojos de muchos presumidos de sabios: acostumbrados á confirmar á las gentes en sus locuras habituales, temen acaso que se acerque el reino de la razon. La conducta de estos pudiera muy bien compararse á la de las mugeres de mala vida que lloran y se afligen cuando los necios á quienes tenían entontecidos comienzan á pensar y atender á sus negocios, renunciando á sus locuras y usando de una conducta mas sensata. Las naciones están inundadas de producciones que raras veces tienen por objeto los intereses del hombre. Los grandes talentos, arrastrados comunmente de su imaginacion, miran con desden los estudios profundos, frutos lentos de la meditacion. Nada suele oponerse tanto á los sólidos progresos del entendimiento como el ingenio desmedido y sin reglas; la razon está muchas veces reñida con los que pudieran mas bien patrocinar sus esfuerzos. Por otra parte, la republica de las letras se envilece tambien á los ojos del mundo con la conducta poco racional y prudente de algunos de sus miembros, que solo parece que se empeñan en persuadir al público que la ciencia y los talentos son incompatibles con la bondad de corazon y con la mesurada razon.

Del mismo modo que los estados libres, la

república de las letras comunmente está dividida en facciones que la debilitan, y que la esponen al desprecio de aquellos mismos de quienes mas debiera hacerse respetar. ¿Que pueden ni deben pensar los grandes y las gentes del mundo al ver á los sabios y literatos torpemente ocupados en arruinarse y deprimirse los unos á los otros, y en contrariar los esfuerzos de la razon, cuando esta trata de desengañar á los hombres de sus locuras? Al mismo tiempo que el filósofo propusiere unos principios evidentes, un ingenio declamará contra la verdad como demasiado triste, contra la moral como en extremo lúgubre, y contra la sabiduría como excesivamente severa: otro exagerará la incertidumbre de nuestros conocimientos, y consolará á los necios é ignorantes, asegurándoles que los mayores talentos no saben mas que los regulares y comunes: otros, en fin, tratarán de ridículos los mas útiles descubrimientos, mirando las obras mas profundas como producciones de una metafísica obscura y de algunos cerebros evaporados y huecos. Por último, las mas interesantes verdades quedarán sepultadas en el olvido, si no las visten y hermocean las gracias del estilo, y carecen de este oropel tan apreciable para el vulgo.

Los adornos del estilo no deben, ciertamente, desatenderse; las gracias de la diction son á propósito para hacer la verdad mas interesante: mas estos adornos son meros accidentes que no

deben prevalecer sobre la esencia de las cosas. El sabio que ha meditado profundamente, no siempre tiene el talento de escribir bien; así como el que posee este talento tan ponderado, no siempre se toma el trabajo penoso de reflexionar mucho. Sea como fuere, recibamos nosotros con gratitud y reconocimiento lo verdadero de cualquier modo que nos fuere presentado, y tengamos presente que el desprecio de la verdad es el caracter distintivo de los impostores, de los charlatanes, de los ignorantes, y principalmente de los tiranos enemigos del género humano, con quienes los literatos no deben consentir jamas ser confundidos. Los que de estos aborreciesen y deprimieren la verdad, son unos insensatos que destruyen los fundamentos de su propia gloria; esta solo puede sólidamente cimentarse sobre la utilidad y la verdad, á la cual tantos ciegos tienen la locura de vilipendiar.

Lloremos semejantes desórdenes, y no cesemos de repetir que los literatos deben distinguirse por su concordia y union en obsequio de los designios de la moral y de la sana filosofía, que no son ni pueden ser otros que el hacer á los hombres mejores. Los conocimientos y las luces nada son, si no contribuyen al bienestar de la sociedad; la gloria que producen es nada, cuando no proporcionan una felicidad duradera; las ciencias son despreciables si son infructuosas, y detestables si son contrarias á la verdadera